

los víveres, y los pocos que se les remitían de Jaujilla eran por lo común interceptados por Liñan, que ya tenía conocimiento exacto de los lugares y avenidas para la fortaleza. También se hacía sentir la falta de municiones, pues aunque abundaban el salitre y azufre, no había la quietud necesaria para la elaboración de la pólvora. En tal estrechez, resolvieron hacer una salida, destinando trescientos hombres al mando de los capitanes Croker y Ramsay. Ejecutaronla en la noche del 28 de diciembre, atacando impetuosamente la posición del Tigre al arma blanca por espacio de una hora. Tomaron la primera y segunda batería; pero retrincherados los realistas en la tercera, los obligaron á retirarse veintiseiete hombres, no habiendo podido impedir sin embargo que los americanos se apoderasen de algunas municiones, barrenasen algunas piezas y derrumbasen otras por el barranco.

54. Al mismo tiempo que ocurría esto por el punto del Tigre, intentaron los del fuerte introducir un convoy de víveres y municiones; pero cayó todo en poder de los realistas, y huyeron los que lo llevaban, dejando tres muertos y dos prisioneros. A fines de diciembre llegaron á faltar del todo las municiones y ni de Jaujilla se podían esperar auxilios por estar aquel punto igualmente rodeado de tropas que se aprestaban á sitiario. Vióse pues la guarnición en la forzosa alternativa de evacuar el fuerte ó de sufrir un ataque de imposible defensa. Decidieronse por lo primero, y para efectuar la salida, se señaló el punto de Panzacola, como menos expuesto que el de la cueva, á pesar de la extraordinaria aspereza del camino, de rodeos y escabrosidades y circuido de precipicios. Señalada la noche de 1.º de enero para ejecutar aquella extremada resolución, se suspendió en las inmediaciones por disposición del coronel Novoa la costumbre de dar la voz alerta, con lo cual los sitiadores presumieron el intento de la guarnición, y tomaron todas las precauciones necesarias para cortar la retirada.

55. Llegada la hora de salir, se renovó la misma escena que en el fuerte del Sombrero, al abandonar los heridos, cuyo transporte era de todo punto imposible. Rompió la marcha un trozo en que iba el padre Torres, y aun no había salido la mitad de la guarnición, cuando se empeñó el tiroteo con los primeros puestos realistas. Se alarmó todo el campo; una columna penetró desde luego al fuerte, se encendieron grandes hogueras, á cuyo lúgubre resplandor se descubría la profundidad de los barrancos y el rumbo que llevaba la guarnición. La parte de esta que aun estaba en el fuerte, se vió furiosamente acometida. Los gritos de los hombres, los llantos de las mujeres y niños, las amenazas de los realistas, las descargas de fusilería, todo presentaba horrores y confusión. Muchos por huir, se clavaban en las bayonetas enemigas, se precipitaban en los barrancos, y las concavidades repetían los quejidos dolorosos de aquellos desventurados. Parte de ellos, sin embargo, se abrieron paso á la cima de los montes y otros quedaron ocultos en las queiebras de los barrancos; pero llegó la luz del día, y cuantos eran descubiertos por el enemigo, recibían la muerte sin distinción de sexo, como sucedió al comandante Cruz Arroyo. La caballería recorrió los llanos y tomó ó mató á cuantos habían escapado la noche anterior. Entre los pocos que se salvaron de esta horrible catástrofe estaban el padre Torres y diez y siete hombres de la división de Mina; los demás individuos de la expedición, ó murieron durante el sitio ó cayeron en los barrancos. Así perecieron el capitán Croker y el doctor Hennesey. Cayeron prisioneras las hermanas de Torres y otras muchas mujeres, que fueron atrozmente insultadas por la bárbara soldadesca.

56. Los enfermos y heridos de la fortaleza re-

cibieron una muerte cruelísima. Incendiado por diversos puntos el edificio donde se hallaban, eran recibidos á bayonetazos los que tenían bastantes fuerzas para huir de las llamas; en breve á los alaridos del dolor sucedió el silencio de la muerte, y solo quedaron cenizas. La mayor parte de los prisioneros fueron fusilados después de trabajar en la demolición del fuerte. Esta suerte cupo al coronel Novoa, quien exhaló el último suspiro gritando *viva la república*, y el general Muñiz, conocido, según dijimos al principio de este resumen, con el nombre de el *Cañonero*. De las tristes mujeres, las que pertenecían á las familias de algunos jefes fueron enviadas á varias ciudades ocupadas por los realistas, y las de la clase inferior recobraron la libertad después de raparles la cabeza á navaja.

57. Así cayó el fuerte de los Remedios, después de haber burlado por espacio de cuatro meses los esfuerzos de un enemigo muy superior en número, en artillería, en municiones y en la experiencia y disciplina de los soldados. El valor de sus defensores y los del fuerte del Sombrero, está honrosamente consignado en las siguientes cláusulas de un oficio de Liñan reservado al virey con fecha 12 de diciembre: "Si por un error de cálculo (dice) hemos concebido que el enemigo que tenemos al frente no merece la consideración de unas tropas aguerridas, propaguemos enhorabuena estas especies para con el público; mas yo que en el día tengo que responder al soberano de mis pequeñas empresas militares, puedo asegurar á V. E. que la defensa que han opuesto en los fuertes de Comanja y San Gregorio, es digna de los mejores soldados de Europa, y que de consiguiente no se debe despreciar al enemigo atrincherado en una posición que reúne las ventajas del arte y de la naturaleza."

58. Dejamos dicho que la guarnición de los Remedios no podía recibir en la última época del sitio socorro alguno de Jaujilla, por hallarse también aquel punto próximo á sufrir un rigoroso asedio. En efecto, esta empresa fué confiada por el virey Apodaca al coronel don Matías Aguirre, uno de los jefes realistas de mas mérito por sus prendas militares y recomendable moderación. El 15 de diciembre salió de Valladolid con mas de ochocientos hombres, y después de reconocido el fuerte, intimó la rendición á sus defensores, que no estaban dispuestos á prestarse á ella. Circuialo un gran pantano causado por un río de poca corriente, pero aprovechado por los americanos para mantener intransitable la circunferencia por medio de varias presas y cortaduras. Aguirre procuró superar esta dificultad cortando el río por veintinueve zanjas con estacadas y trabajos en que empleó muchos brazos y tiempo. El 30 de dicho mes fué reforzado con cuatrocientos infantes, cincuenta caballos, varias piezas de artillería y muchas municiones. Inmediatamente distribuyó estas fuerzas, formando dos secciones que puso á las órdenes de don Vicente Lara y don Juan Amador, con lo cual y con haber cubierto el embarcadero y entrada, quedó puesto un estrecho sitio, sin perjuicio de continuar las obras sobre el río para atacar en ocasión oportuna.

#### Sitio y toma de Jaujilla.

59. El día 4 de enero sus baterías rompieron el fuego contra la fortaleza; pero convencido de que esto era insuficiente, abrió nuevas trincheras casi á tiro de fusil, á costa de no pocas pérdidas por el fuego de los sitiados. Estos, usando de rigor oportuno, lograron cortar la desertión que dió en manifestarse, y empezaron á dar cuidado á Aguirre, por haberle desmontado la batería mas próxima, y porque además sabía que esperaban auxilios del padre Torres, el cual había

reunido mas de quinientos hombres del Bajío. Por lo mismo se decidió Aguirre á dar el asalto, y para facilitarlo, hizo construir otra trinchera á tiro de pistola, á pesar del empeño que pusieron los sitiados en destruirla, haciendo el 15 de febrero una salida, en la cual se peleó con gran valor por ambas partes. Con esto se vió expedito para dar el asalto el día 15; pero su tentativa quedó frustrada, porque su tropa fué tan briosamente recibida por los americanos, que le fué forzoso retirarse con grave pérdida de muertos y heridos. Atribuyó Aguirre este descalabro á dos oficiales extranjeros de los de la expedición de Mina llamados Christie y Dewers que estaban en el fuerte y dirigían la defensa; por lo mismo puso todo su esmero en que le fuesen entregados vivos por los que mantenían con él inteligencias secretas dentro de la plaza, según luego veremos.

60. Empeñado no obstante en salir con la empresa, pidió refuerzo al general Cruz, y el 1.º de marzo lo recibió en trescientos infantes, doscientos caballos, seis piezas de artillería y doce mil pesos en dinero, que le facilitaron los medios de renovar la desertión y de seducir mas gente entre los sitiados, sin dejar por eso de hacer un continuo fuego con sus baterías. En poco tiempo los medios de la seducción fueron tan eficaces, que el mismo comandante del fuerte don Antonio Lopez de Lara, en quien recayó el mando por la casual ausencia del propietario Mr. Nicholson, oficial de la expedición de Mina, concibió, con intervención del cura de Tacámbaro Anaya, á la sazón preso en el fuerte, el proyecto de entregarlo á los extranjeros, después de seducir la mayor parte de la guarnición compuesta de doscientos cincuenta hombres. Aquellos oficiales noticiosos de lo que se tramaba, se vieron precisados á defenderse haciendo fuego desde una habitación donde quiso sorprenderlos Lara; pero cargando sobre ellos la multitud de la guarnición, fueron amarrados y entregados á Aguirre, cuyo pundonor le obligó á recabar del virey que se les perdonase la vida, eludiendo las repetidas órdenes que se le dieron para fusilarlos. Trató también con mucha humanidad á toda la guarnición, poniéndolos al fin á todos en libertad. Así cayó en su poder el fuerte de Jaujilla el día 6 de marzo de 1818, habiéndose podido sostener por tres meses mas, según el estado de municiones, pertrechos y defensa en que se hallaba, y aun acaso habría venido á levantarse, si los caminos é islotes donde se situaron las baterías se hubieran llegado á inundar en la estación de las aguas, que estaba próxima.

61. A los ocho dias de haberse puesto el sitio al fuerte de Jaujilla, los vocales de la junta Cumplido y San Martín se pusieron en salvo, saliendo en una canoa con todos los útiles de la imprenta, y después de pasar muchos peligros y dificultades, llegaron al día inmediato al pueblo de Taresero, que solo distaba poco mas de cuatro horas de marcha. A los quince dias salió también con el archivero el diputado Ayala, y se estableció la junta en las rancherías de Zárate, jurisdicción de Turicato al Sur de Valladolid. El 21 de febrero tuvo San Martín la desgracia de ser sorprendido por un medio que una ocurrencia inesperada proporcionó á los realistas. Pensó el gobierno americano atacar la villa de Pátzcuaro para llamar la atención del coronel Aguirre, y con este objeto ofreció á varios comandantes á fin de que se reuniesen con sus divisiones. Uno de los oficios que iba dirigido al comandante Gonzalez Hermosillo, cayó en manos de un don Francisco Murillo, vecino de Apatzingan, el cual lo pasó á manos del jefe realista Quintanar, y este comisionó á Vargas el indultado, para que con cuarenta hombres escogidos sorprendiese á los de la junta en las rancherías de Zárate. Logró penetrar hasta ellas sin obstáculo, haciendo creer á los rudos habitantes de aquella comarca que era el mismo Hermosillo, á quien el

gobierno de los americanos llamaba por el oficio que les ponía de manifiesto. Llegado al punto de su objeto, cayó súbitamente de noche sobre el cuartel, y obligando á retirarse al comandante don Eligio Ruelas después de una vigorosa defensa, se apoderó de San Martín y de once prisioneros, casi todos transeuntes, á quienes fusiló después de mandar á San Martín que los confesase. Caminó toda la noche con este eclesiástico, y al amanecer hizo alto, distribuyendo parte del botín entre los soldados, y dando tres onzas al cabo Castañeda, premio ofrecido por el general Cruz al que prendiese vivo ó muerto á San Martín. Este fué entregado á dicho general en el campo de Tlaxichilco, y desde allí cargado de grillos, fué conducido á Guadalajara, donde permaneció encarcelado y sostenido en medio de las mas duras privaciones por la caridad del obispo, hasta que fué puesto en libertad en virtud de la amistad de 1820, con cuyo motivo el obispo le dió un banquete, sentándolo en él al lado del mismo general Cruz.

62. El golpe dado al gobierno de Jaujilla con la prision del canónigo San Martín, y las dimisiones que á continuación hicieron los vocales Lojero, Ayala, Cumplido y Tercero, casi lo redujeron á una completa disolución; pero no tardó en formarse una especie de autoridad civil, compuesta de don José Pagola, don Mariano Sanchez Arriola, y don Pedro Bermeo, bajo la presidencia de Villaseñor. El primer objeto que ocupó á la nueva asamblea fué la contienda existente entre el padre Torres y dos comandantes de gruesas partidas, don Andrés Delgado (*el Giro*), y el brigadier Huerta. La conducta de Torres había sido tan insostenible y tirano, que Delgado y Huerta, cansados de obedecerle, convocaron por el mes de abril en Puruandiro una junta de jefes, en la cual, á presencia del mismo Torres, recayó el nombramiento para la comandancia general en el coronel don Juan Arango. Torres se retiró descontento con algunos pocos de su partido, á quienes indujo á solicitar en cuerpo del gobierno que se le devolviese el mando en jefe; pero solo se le concedió el retiro con sus sueldos y honores, lo cual acabó de despecharle.

63. A fines de abril aun tenía á sus órdenes una fuerza de mil quinientos hombres, y noticioso de que en el rancho de los Frijoles se hallaba el coronel Bustamante con cuatrocientos realistas, marchó contra él, jactándose anticipadamente de alcanzar un triunfo completo; pero el resultado le fué del todo contrario, porque siendo recibido con grande denuesto por Bustamante, se vió muy pronto en la mas completa dispersión, y tuvo que retirarse perdiendo mas de trescientos hombres. Su infantería, que estaba á las órdenes de Mr. Wolf, obligada á luchar con fuerzas muy desiguales, se formó debajo de unos árboles, y con admirable valor se defendió hasta que murieron casi todos los que la componían, que eran unos doscientos hombres, mientras que Torres huía á una de caballo. Para entonces había desconocido la autoridad de Arango calificándola de ilegal; por lo cual este jefe, después de apurar todos los medios conciliatorios, porque se sabía que aquel turbulento caudillo estaba ayudado por el expresidente Ayala y en secreto por Borja y Ortiz, tuvo que echar mano del violento recurso de las armas. Torres acudió á sus sostenedores, publicó una proclama arrogante y absurda, apellidando al favor de Ayala, y con una fuerza de trescientos hombres salió para Pénjamo, donde se hallaba Arango desde el mes de julio. Por mediación de Borja y Ortiz se avino este á tener una conferencia con Torres en Surumuato; pero pasados dos dias en inútiles tentativas de conciliación, rompió las negociaciones, y señaló á sus enemigos un corto número de horas para resolver sobre la obediencia al gobierno. Expirado este término sin resultado, envió contra Torres y los suyos al intrépido Delgado, notoriamente desafecto

contra el primero. No tardó en derrotarle completamente con sus dragones, obligándole a retirarse a los montes de Pénjamo, donde se reunió con algunos fugitivos. Tuvo después varias escaramuzas con las tropas de Arango; pero siempre se salvó de ellas, y al fin tuvo que esconderse en los montes, habiéndosele cortado la retirada por el coronel Márquez Donallo, que sobrevino con una fuerte división.

64. Prófugo Torres por mucho tiempo y reducido á vivir en la inclemencia por aquellas fragosidades, acreditó que por su criminal conducta tanto tenía que temer de los americanos como de los mismos realistas. En este abatimiento y desastrosa vida, aun se presentaba mas despótico y caprichoso. Así quitó la vida á su compañero Lucas Flores, que le había sido uno de los mas útiles y fieles en sus campañas, por lo cual y por los buenos consejos que le daba, lejos de estarle agradecido, le tenía odio y resentimiento secreto. Dióle cita para cierto día; se abrazaron, conversaron y jugaron á las cartas como buenos amigos; perdió Flores todo su dinero en el juego, comieron juntos, y al postre Flores fué arrestado, despojado de sus prendas y caballo, y cuando preguntó á Torres la razón de tan extraño proceder, le volvió la espalda y le mandó fusilar. A principios de este año ocurrió también la muerte del famoso guerrillero Pedro Rojas, alias el Negro, que había llegado á ser el terror de los españoles. Hizo sus primeros servicios en el departamento de Zacatlan, se unió después con el guerrillero Vargas, y habiendo finalmente hecho varias correrías, burlando la persecucion de una fuerte columna enemiga, logró arrestarle el capitán la Serna en la hacienda del Arenal, y envió su cabeza al comandante Casasola.

65. Disperso, segun hemos dicho, el padre Torres, y perseguido en todas direcciones por las partidas españolas, se internó en la sierra de Guanajuato, acompañado de su hermano don Miguel y de algunos otros que se decian amigos suyos. Hallándose cierto día en la hacienda de Tultitlan, partido de Silao, se puso á jugar á las cartas con el capitán Zamora, cuyo caballo codiciaba. Habiéndole ganado mil pesos, logró que se le dejase en prenda hasta el día siguiente, en que Zamora fué de hecho á desempeñarlo; pero Torres se negó á devolverlo. Despechado Zamora, y arrebatado además por la embriaguez á que se entregó pocas horas después, yendo de camino todos juntos sobre la hacienda de la Tlachiquera, renovó con fuerza sus instancias á Torres para que le devolviese el caballo, y viendo que eran infructuosas, le atravesó con una lanza en presencia de su hermano y de un tal Ayala que iban á su lado, y que en el acto dieron á Zamora tres cuchilladas, de las cuales murió poco antes que el P. Torres. Tal fué el desastroso fin de este hombre, cuya memoria formará una sombra en la historia de la revolucion mejicana. Era originario de Cucupan, y habiendo seguido la carrera eclesiástica, se le confirió una coadjutoria de Pénjamo, á pesar de su rudeza en los estudios y deberes sacerdotales. Empezó á figurar en la revolucion después de la muerte de Albino Garcia, á quien siempre tuvo grande respeto. En todo el tiempo que medió hasta el establecimiento del gobierno de Jaujilla, no supo aprovecharse de ninguna de las ventajas que le proporcionaba el terreno donde hacia la guerra. Indócil por estupidez, no quiso ajustarse á las máximas de moderacion de aquella junta, entre cuyos miembros no faltó sin embargo quien lisonjeara sus pasiones y extravagancias. La fortuna le hizo muchos favores; pero no supo aprovechar ninguno. Franqueando á Mina sus fuerzas y poniendo á su disposición los recursos que entonces tenía, hubiera hecho un señalado servicio á la causa de la libertad, siendo partícipe de la gloria de aquel jefe; pero sus palabras no fueron conformes con sus obras, principalmente desde que Mina empezó á sufrir algunos reveses. La elevacion de Torres des-

encadenó sus pasiones; trató á los hombres como á esclavos, y sacrificó á no pocos con crueldad nada común. Una de las victimas de su furor fué don Remigio Yarza, secretario del gobierno de Apatzingan, el cual murió con la serenidad de un verdadero estóico.

66. En medio de esta repetida serie de desgracias que ponian ya la revolucion mejicana en el último trance de su anonadamiento al través de tantos horrores, violencias y desastres, el gobierno de Madrid dejó que luciesen algunos destellos de humanidad y consuelo. Tales fueron la real cédula de 19 de diciembre de 1817, relativa á la abolicion del tráfico de negros, y el decreto de 9 de agosto de 1818 estableciendo máquinas de vapor para el desagüe de las minas, con indulto para todos los dueños y trabajadores de ellas, prohibiendo al mismo tiempo la imposicion de saqueos y contribuciones arbitrarias y encargando el respeto á las propiedades. Pero es bien de notar para prueba de lo inútiles que se hacian en Méjico semejantes órdenes, que de este decreto no se tuvo mas noticia que la que desde Madrid se le comunicó al magistral don José María Alcalá, y que cuando el caballero Murphy pidió al virey una copia de estas disposiciones, se le dió truncada, omitiendo todo lo relativo al buen trato que el rey encargaba á favor de los americanos insurgentes para alentarlos al trabajo de las minas. Este mismo empeño en neutralizar las providencias que alguna vez se dictaban por el influjo momentáneo de una política prudente, se notó en otras varias órdenes posteriores, y de todos modos siempre conocian los americanos que siendo la piedad en un gobierno tiránico una cualidad opuesta á su misma esencia, las providencias de la corte de Madrid eran contradictorias y no guardaban ninguna consonancia. Tal es el carácter de toda legislación puramente ministerial, en la que se ven alternativamente los raros caprichos del buen ó mal humor que afecta á los encargados del despacho.

67. En los últimos periodos del abatimiento general que iba á producir la larga pausa de la revolucion, tres de los oficiales de Mina que se habían puesto á las órdenes del brigadier Huerta, se retiraron á las cañadas de Huango, autorizados para levantar algunos cuerpos. Sus primeros esfuerzos produjeron bastante resultado; pero cuando se trató de dar armas á la gente que tenían ya reclutada, Huerta la negó, porque recelaba que aquellos oficiales se unirían con el general Guerrero y le quitarían la superioridad que las vicisitudes de la revolucion le habían proporcionado. Con esto dió lugar á que el coronel Bradburn, que era uno de dichos oficiales, se viese atacado con fuerzas cuádruples al mando del coronel Lara, quien le dispersó toda su gente, haciéndole treinta prisioneros, los cuales fueron fusilados en Chucándiro. Desde entonces ya no tuvo el gobierno americano punto seguro donde celebrar sus sesiones. El último presidente don José Pagola y el secretario don Pedro Bermeo fueron sorprendidos en 9 de junio por el teniente coronel Marron, destacado de la division de Armijo, á una con el capitán Gonzalez y otros tres, que fueron fusilados en el punto de Cantarranas. El gobierno se estableció entonces cerca del pueblo de Churumuco, en la reunion de los dos rios Grande y Márquez, bajo los auspicios de Guerrero, creyéndose allí seguro de una sorpresa; pero ocupados por los españoles los puntos principales de asilo y convertidos en otros tantos apoyos de persecucion, la tropa de Huerta comenzó á abandonarlo, y se siguió la postracion total de las fuerzas de los independientes, rematándose estas con algunas otras desgracias que ocurrieron por aquel tiempo.

68. Una de ellas fué el allanamiento que al cabo de cinco años de guerra hizo el general Cruz de la isla y fortaleza de Mexcala en la laguna Chapala, de la cual y de sus defensores se ha dado alguna noticia y que seria excusado detallar. Habian precedido varias

proposiciones de indulto, reiteradas por el general Cruz en vista de los padecimientos de peste, hambre y demás conflictos con que luchaban los isleños. Todas habían sido desechadas con teson; pero en el mes de noviembre de 1818 redobló sus promesas hasta el grado de conseguir que se entablases conferencias para la rendicion. Pasó pues el indio comandante Santa-Anna á tratar con Cruz, y acordadas las bases del convenio, fué ratificado por el presbítero Castellanos, comandante en jefe de la fortaleza, sin que hasta el fin entendiesen los indios nada de lo pactado; pero cuando lo supieron se retiraron á sus pueblos sin la menor contradiccion, y la fortaleza fué entregada el 25 de dicho mes. Uno de los artículos del convenio fué que Santa-Anna quedaria de gobernador de la isla; pero solo tuvo efecto por espacio de un año escaso.

69. A principios de enero del año siguiente 1819 ocurrió la trágica muerte de don José María Liceaga, que aunque retirado en su hacienda de la Gavia desde que fué preso Mina, contribuía en lo posible á evitar los males y desórdenes que ya amagaban una ruina completa. Acababa de enviar un préstamo de mil pesos que le había pedido el comandante don Miguel Borja, cuando á los pocos días se encontró cerca de su hacienda con Juan Rios, notoriamente tenido por ladrón agavillado, el cual le intimó que le siguiese. Afectó condescender, esperando aprovecharse de la ligereza de su caballo para huir en la primera oportunidad. Intentó hacerlo luego que creyó hallarse á cierta distancia; pero descubierto por los de la gavilla, le dispararon un carabinazo que le atravesó y dejó muerto. Liceaga era joven, rubio, bien agestado, de mas que regular estatura, fausto en su porte exterior que le daba apariencias de soberbio, de carácter recio é inflexible y de voz aguda y chocante. Lo mucho que trabajó á favor de la independencia hubiera producido mayores frutos si sus recomendables prendas hubiesen tenido el temple de la amabilidad (1).

(1) Para completar en lo posible la noticia que los sucesos de la revolucion han ido presentando de la suerte que cupo á los principales jefes de ella, debemos darla aquí del doctor don José Sixto Verduzco, colega de Liceaga y de don Ignacio Rayon en la primera junta de Zitácuaro. Después de haber hecho en aquel puesto, en las asambleas de Chilpanzincó y Apatzingan, y en el campo de batalla los servicios que hemos referido, se retiró á Huetamo luego que concluyó el bienio de su comision, y vivió en el rancho de Ordeña hasta mediados de noviembre de 1816 en que fué prendido por el comandante realista Amador. Pudo escaparse de sus manos y salvarse en los montes quedando muy maltratado y casi desnudo, y por agosto del año siguiente se presentó en Jaujilla, cuyo gobierno le nombró comandante del departamento de Méjico, para que á una con estos jefes organizase tropas. Después fué destinado para lo mismo en el Sur, poco antes de haber sido evacuado el cerro de Coporo por don Nicolás Bravo, por lo cual volvió á Huetamo, y fué segunda vez hecho prisionero en Puruchucho por el manejo de aquel mismo fingido buhonero Cueva que fraguó la sorpresa de Bravo y de Rayon. Sufrió los mayores ultrajes y muy duros tratamientos de la tropa de Armijo á una con el padre Talavera. Conducido á Cuernavaca, donde se le abrió causa, fué desde allí trasladado á la inquisicion de Méjico, y allí permaneció húmedo en un colabojo por espacio de mas de dos años. Sacado al convento de San Fernando y preso en seguida en la cárcel de corte con absoluta incomunicacion, al fin fué puesto en libertad el 8 de noviembre de 1820, en virtud del decreto de amnistía. El siguiente mes fué restituido á su antiguo curato de Tusanla. Cuando se dió el grito de Iguala, se hallaba en Zamora, y desde allí sirvió cuanto pudo á la causa de la independencia. Finalmente,

70. Concluiremos el cuadro que nos propusimos trazar en este resumen, refiriendo con brevedad la muerte de Andrés Delgado, alias el Giro; golpe de los mas sensibles que recibió la moribunda revolucion. Había salido don Anastasio Bustamante á recorrer los puntos en que aun se abrigan algunas reliquias de las partidas independientes, y llegó á las cañadas de Landin entre el pueblo de Santa Cruz y Chamacuero, donde vivía Delgado con su familia, creyéndose seguro en aquel retiro. De repente vió rodeada su casa por una partida de dragones; logró escaparse para reunir en un rancho inmediato unos cuantos soldados suyos, á quienes armó como pudo, y volvió con ellos hacia su casa. Puesto encima de unas peñas que la dominaban, provocó á los dragones, diciéndoles que él era el Giro á quien buscaban. Avanzaron sobre él, luchó largo rato, recibió una lanzada en el pecho, cayó del caballo; puesto en pié, se apoyó en unos peñascos, y arrancándose la misma lanza de que estaba atravesado, aun mató con ella á tres dragones de los que le rodeaban, y al fin acabaron con él á pedradas, le cortaron la cabeza y la llevaron á Bustamante. Para acreditar la identidad, mandó este que fuese presentada á una niña de la casa, que vino con una criatura en los brazos (1). Sorprendida con aquel espectáculo, reconoció prontamente á su amo don Andrésito, cuyo hijo era el niño que llevaba. Era Delgado indio de fuacimientó, y aunque falto de educacion, singularmente ingenioso y diestro guerrillero. Su valor era impetuoso, su actividad asombraba al enemigo, á quien con solo su nombre hizo temblar muchas veces en las llanuras del Bajío. Manejaba el caballo con asombrosa destreza, identificándolo con su persona aun en los movimientos mas rápidos, y esta misma destreza le aprendieron de él en gran parte los dragones que tuvo á su mando. Su primitivo oficio fué de tejedor de mantas; pero lo dejó por el de soldado, para el cual había nacido. Murió á los veinticinco años de edad, y en su corta carrera militar había recibido veintisiete heridas.

71. Ya en esta época la revolucion mejicana había llegado al mayor punto de abatimiento. Sostuvola, no obstante á costa de extraordinarios esfuerzos y trabajos el general Guerrero, quien por entonces se vió obligado á retirarse con sus tropas á las montañas inmediatas á la costa del Pacífico, donde la llama de la libertad conservó aun el vigor necesario para no extinguirse del todo, en medio del total decaimiento que debe poner término á esta narracion.

#### Terremoto.

72. Entre las desgracias que afligieron á esta América en el año de 1818, no debe pasarse en silencio el horrible temblor de tierra ocurrido el 31 de mayo á las tres y siete minutos de la mañana, que tuvo dos de duracion: resintió extraordinariamente las dos torres de la catedral de Guadalajara, pues echó abajo sus cúpulas, lastimó las bóvedas, y lo mismo hizo en otras varias iglesias y edificios. En la villa de Colima y pueblo suburbio de San Francisco Almoloan, no quedó casa alguna habitable: fueron victimas entre las ruinas ochenta personas de todas clases, setenta y dos heridos de gravedad y muchísimos sin esta circunstancia.

#### Suceso político extraordinario.

73. Al comenzar el Suplemento de esta obra me habiendo sido promovido al curato del Valle de San Francisco, en el distrito de San Luis Potosí, fué nombrado senador por aquel Estado.

(1) Esta diligencia fué tan cruel y bárbara como la misma muerte del Giro.

ocupé de referir el modo con que fueron expatriados los jesuitas, en virtud del decreto de 27 de febrero de 1767, para cuya ejecución dió el rey la instrucción competente en 1.º de marzo en 29 artículos, y en 2 de abril se expidió la pragmática sanción para ocupación de sus temporalidades y prohibición de su restablecimiento en tiempo alguno.

74. Pasada la borrasca que sufrió este cuerpo y en la que sin saberlo fué comprometido el piadosísimo rey Carlos III, dirigiendo al papa Clemente XIII una carta fecha en 31 de marzo de dicho año, manifestándole que tal medida la había tomado como económica, indispensable y con profundísima meditación; Pío VII sucesor de aquel pontífice expidió bula en 7 de agosto de 1814 restableciendo la Compañía; y Fernando VII por cédula de 17 de setiembre de 1815 no solo la dió *pase*, sino que la hizo ejecutar en esta América, creando para ello una junta que restituyese á los jesuitas los bienes posibles de su propiedad que se les habían ocupado. Llegada esta noticia á Méjico fué recibida con aplauso, y para realizar la voluntad del rey, Apodaca reunió el acuerdo de oidores, asistiendo en persona á la sesión y con voto consultivo, dictámen del asesor general y pedimento fiscal, se acordó su cumplimiento y que se llevase á efecto su instalación, verificándose el 19 de mayo de 1819 en el colegio de San Ildefonso, fundado por los jesuitas, y único punto donde por entonces podían fijar su habitación por estar ocupados los demás edificios, entregándoseles desde luego este. Desde el año de 1808 se habían presentado en Méjico algunos jesuitas originarios de esta república, y lo eran los padres José María Castañiza, Antonio Barroso y Pedro Canton, quienes se ofrecieron á reponer el establecimiento. De hecho todos estos se presentaron en el colegio de San Ildefonso el día 19 de mayo de 1819 en compañía del señor arzobispo Fonte, el cual con grande acompañamiento recibió al virey y demás autoridades en la capilla del colegio. Un secretario abrió la sesión leyendo la real cédula del restablecimiento. El padre Castañiza reconocido por prelado de la corporación, fué colocado ante el sitial del virey, el cual le entregó una llave en señal de la posesión del rectorado en que entraba. El arzobispo pronunció un discurso felicitando á la Compañía por su restauración, é hizo una reseña de los trabajos que había sufrido en la deshecha anterior borrasca. Cantóse luego un *Te Deum* y el nuevo rector puso en manos del virey una vela encendida en señal del reconocimiento del patronato que ejercía en aquel colegio. Retiróse la comitiva y en la tarde volvió el virey al colegio acompañado de su esposa á congratularse con los padres jesuitas por su restauración, y permanecieron allí ambos consortes hasta la noche en que gozaron de la iluminación del colegio y de los fuegos artificiales que se quemaron en el patio. La restauración no pudo hacerse en lugar mas á propósito para darle impulso y aumento á la Compañía, pues varios individuos del mismo colegio tomaron la sotana de jesuitas y comenzaron á practicar los actos de beneficencia propios de su instituto; en breve tuvieron doce socios formados en el mismo colegio y de consiguiente útiles, á los que se agregaron después otros varios. Florecía rápidamente y se multiplicaba este plantel, cuando restablecida la constitución de las cortes de Cádiz en 7 de marzo de 1820 recibió otro golpe que lo hizo desaparecer por la mano misma que se lisonjaba en cultivar este bello cuadro. El 25 de octubre de 1820 sancionó el rey á despecho suyo y después de haber manifestado la mayor resistencia, la ley de reforma de regulares dictada por las cortes. Estas jamás creyeron que la monarquía pudiera ser feliz mientras existiesen los establecimientos religiosos, y principalmente los jesuitas. Un diputado americano, ó por congraciarse con sus colegas de Madrid, ó porque estuviese imbui-

do en las mismas ideas, hizo extensiva la ley á los monacales laicos de Méjico, es decir, hipólitos que curaban los dementes, belemitas que daban la primera instrucción á la juventud y también convalecencia á los enfermos, y juaninos que curaban á estos en sus hospitales; ¡mal grande vive Dios! golpe fatal que hoy llora la humanidad, y cargo terrible que algún día hará el cielo justo en su residencia al autor de tan infando mal.

75. En seguida vinieron al virey órdenes muy estrechas de la corte para que lo llevase á cabo, pero tan perentorias, que no pudo resistirse á su cumplimiento. En la mañana del 25 de enero de 1821 un piquete de tropa del batallón expedicionario de Cuatro Ordenes se presentó en los colegios de San Pedro y San Pablo y San Ildefonso, y lanzó de aquellos lugares á los jesuitas. Tratóse de su reposición en las primeras sesiones de la junta gubernativa de Méjico y nada se pudo recabar de ella, pues reservó esta resolución al congreso general que aun no se había instalado; apenas pudo conseguirse en la sesión del 15 de noviembre el que se acordase: "Que podían profesar las novicias y novicios que en su respectivo instituto se hallasen en el caso de hacerlo, y que quedasen abiertos y corrientes los noviciados de todos los conventos del imperio; y que las prelacías de las religiones existentes continuasen en el mismo estado en que se hallaban á la fecha en que se recibieron órdenes del gobierno de España sobre el particular."

76. La ruina de estos establecimientos fué uno de los andamios que sin pensarlo pusieron las cortes de España á Iurbide para que consumase la independencia. Creyó el pueblo que se atacaba la religion, y herida la fibra de la piedad, aumentó su decisión para que se acelerase una emancipación tan deseada.

77. La muerte del general don Francisco Javier Mina fué generalmente sentida en toda la Nueva-España, y aun en la Europa, no solo por los americanos que se prometían tener en él un apoyo firmísimo de la suspirada independencia, sino por los que conocían que aun cuando hubiese conseguido su empresa no habría hecho mas que atarnos al carro de la infortunada España, haciéndonos partícipes de sus desgracias. Los españoles por supuesto lo lloraron como una pérdida de gran valía; era un paisano, y con esto se dice todo en la América; este era también el mayor título de recomendación y aprecio. Este hombre extraordinario fué un genio de la guerra, apreciable donde se estima esta cualidad como la mas singular del ciudadano. Orrantia se cargó con el anatema universal, no solo por haberlo prendido, sino por haberlo insultado después de prisionero; conociendo su posición se marchó para España, y yo lo vi desairar en Veracruz cuando se presentó en una reunion de gente honrada que toda desapareció á su vista; ningún hombre de bien quería, no digo alternar, pero ni aun saludar á un bicho de tal calaña. No pareció menos despreciable el conde del Venadito á los paisanos de Mina, y aun este título con que el rey lo honró se veía como de farsa y burla. Entendiólo así él mismo; pero Fernando VII, á quien suplicó que se le cambiase por otro menos ridiculo, le respondió usando del lenguaje de Pilatos. . . . *Quod scripse scripse*; esto se tuvo por una humorada del rey, y no sé cómo sus sucesores puedan usarlo habiendo cambiado el sistema del gobierno, y cuando por los principios liberales que hoy están en boga, lo que entonces parecia un crimen hoy se tiene por una virtud heroica.

78. Con la muerte de Mina se creyó apagada la antorcha de la libertad; pero se equivocaron mucho los que tal presumieron. Existía en medio de nosotros el general don Vicente Guerrero, destinado para con-

servarla: la pérdida de Cópore (1), Cilacoyoapam, cerro Colorado, Mescala, Palmilla, Boquilla de piedra, Barra de Nauhla, Monte blanco, Mesa de los caballos, Jonacatlan, fuerte de san Miguel Cuitzristarán, unos por fuerza de armas y otros por intrigas, no bastaron para desalentar el ánimo de este caudillo, á quien reservó el cielo por favor el que pudiera decir á su patria. . . . *He aquí mi espada con que he sostenido vuestras libertades, y heme aquí como el único que no ha sufrido el vilipendio de someter su cuello bajo las horcas caudinas. ¡Mortal dichoso! . . . ¡Ah! si los goce que el hombre disfruta sobre la tierra pueden tambien percibirse en la patria feliz para donde está reservada la plenitud de ellos, yo no dudo que estará en este número, y percibirá tambien en este instante su dulcedumbre, el caudillo que puede llamarse en nuestros fastos el yo solo de la revolucion mejicana, como se tituló al conde de Galvez cuando conquistó la florida é hizo poner este mote como un florón honroso en el escudo de su nobleza.*

#### Campañas del general don Vicente Guerrero.

79. Un hombre que se presenta en el teatro de una revolucion y en un pais cuyos recursos se hallan agotados por la guerra, que se ve rodeado de enemigos, tanto exteriores como interiores, que no lleve en su compañía mas que uno ó dos fieles amigos que le siguen en su desgracia, sin mas armas que un fusil sin llave y dos escopetas; que con ellos da principio á la campaña, derrota varias divisiones parcialmente, sufre toda clase de trabajos y privaciones por espacio de seis años en los bosques y cañadas, siendo objeto de la mas tenaz persecucion de las mejores tropas y jefes del gobierno; que logra reunir una fuerza de cuatro mil soldados en la extension de mas de doscientas leguas; que los disciplina, arma, sitúa en los mejores puntos militares; que coadyuva con ellos eficazmente á hacer la independencia mejicana, y que por último, ocupa el asiento de la primera magistratura de la nacion, es sin duda uno de aquellos fenómenos en politica, y que apenas se hace creible aun á los mismos que los presenciáramos. . . . Tal fué el general don Vicente Guerrero, cuya historia tengo ya referida prolijamente (2), y que ahora recorreré con la rapidez que exige un compendio. ¡Pluguiese á Dios que la terminacion de sus dias hubiese sido tan gloriosa como lo fué la serie de sus campañas (3)! Efec-

(1) Este punto lo ocupó el señor Bravo; pero falta de auxilios tuvo que abandonarlo cuando lo atacó el coronel Márquez Donallo en 1817. Saliendo en fuga estuvo á punto de perecer por un voladero; habitó entre las peñas algunos dias, hasta que se le proporcionó un caballo en que pudo fugarse; después fué preso, y tambien don Ignacio Rayon: este salvó la vida por la magnanimidad del conde del Venadito que se conformó con un voto absolutorio de la pena de muerte de un capitán que votó en el consejo de guerra: absolver á un hombre que había hecho tanta guerra al gobierno español solo estaba reservado á la grande alma de don Juan Ruiz de Apodaca. *Hacia que se le presentase con frecuencia á visitarlo, y siempre que iba á verlo le socorria con dinero de su bolsillo: estipuló con él que mientras gobernase no se mezclara en la revolucion. Rayon le cumplió la palabra, y la tarde del dia en que el virey fué depuesto, Rayon fué á unirse á Iurbide en Querétaro. . . . He aquí dos caballeros, el uno magnánimo, el otro buen patriota y fiel á su palabra.*

(2) Véanse las cartas 20, 21 y 22 tomo 5, del Cuadro histórico, la 1, 4, 5 y 8, tomo 5.

(3) Todo esto lo escribo á presencia de los enemigos del general Guerrero: el que quiera desmentirme que salga al frente.

tivamente, don Vicente Guerrero se vió en el mismo caso que los primeros caudillos del año de 1810, cuando recibieron su mision de Hidalgo y Allende. . . . Todo lo hemos perdido (le dijo Morelos después de la batalla de Puruarán y reconquista del Sur). . . . Id á buscar defensores de la libertad de la patria. Reunido á poco con unos cuantos de sus antiguos camaradas, los arma de garrotes, y en el silencio de la noche sorprende en su campo á setecientos hombres pasando el rio de Tacachi á nado, ataca al enemigo, lo dispersa, sale el sol, y á su luz se ve dueño del campo con mas de cuatrocientos fusiles, otros tantos prisioneros, un razonable botín y parque; tales fueron los felices auspicios con que Guerrero abrió esta campaña. Muy empalagoso y aun inútil sería seguirlo en todas las brillantes acciones posteriores que siguieron á esta, y que ya he detallado en diversas cartas del Cuadro; solo referiré las que obró en grande en el trascurso del tiempo hasta el año de 1821, en que se vió jefe de una fuerza de cuatro mil hombres situados en diferentes puntos fortificados, y con las que auxilió al general Iturbide para que consumase la independencia. Solo me limitaré á decir que habiendo quedado solo y capaz de hacer la guerra al virey Apodaca, este se valió de sus amigos y aun de su mismo padre ofreciéndole el indulto y que se interesaria en su fortuna para asegurarle una cómoda subsistencia; pero siempre se negó y mantuvo firme en sus principios. Creyó el virey que el único gefe que seria capaz de subyugarlo seria el general Armijo; marchó este con una fuerte division, y solo consiguió que Guerrero ajase los laureles que había ganado en la reconquista del Sur en el año de 1814, penetrando por los mismos puntos inaccesibles que con tanta gloria había defendido el general Morelos hasta recobrar á Acapulco y poner en franquía el camino de aquel puerto hasta la capital de Méjico. Verdad es que Guerrero tuvo por segundos y auxiliares suyos á Juan del Carmen, Pedro Ascensio y otros jefes de nombrada que menguaron la gloria de las mejores tropas expedicionarias; pero estos la tenían de obrar bajo su direccion y auspicios. El virey entonces quiso reparar los descabros de Armijo y mandó que se engrosase con quinientos hombres de la seccion de Valladolid al mando de coronel Tovar. Cuando Guerrero supo estas disposiciones, el enemigo no distaba mucho de Coahuayutla, y sobre él destacó trescientos soldados, quedándose con quinientos en su cuartel, llevando por objeto atraerlos hacia donde estaba la fuerza principal. Este plan no se ejecutó, porque los americanos avanzaron terreno hasta pasar embarcados el rio, y aun todavía caminaron tres leguas mas hasta el pueblo de Tamo, donde campaba el enemigo, sobre el que avanzaron decididamente, en términos de que en el corto espacio que duró la accion, los realistas tuvieron como doscientos muertos, mas de cien heridos y lo restante prisioneros, con pérdida de solo ocho americanos muertos. El día 15 de setiembre de 1818 fué el de tan señalado triunfo. Quedó la fuerza de Guerrero por esta accion engrosada con mil ochocientos hombres á su inmediato mando.

80. Eran pasados quince dias de esta accion llamada de Tamo, cuando se dió otra en las inmediaciones de Cirándaro, con fuerzas iguales de ambas partes que se avistaron en el punto de San Agustin junto á dicho pueblo. Los realistas cargaron furiosamente sobre los americanos, obligándolos á formar un cuadro que resistió los impetus de aquel choque denodado, después de haberse ido guareciendo los españoles en un bosque. Persiguióseles á estos en la fuga hasta entrarse en dicho pueblo de Cirándaro, donde cesó el fuego porque se oscureció con la noche, sin que por parte de Guerrero hubiese ninguna pérdida. Su tropa campó allí mismo formando un